



MORIR ES RENACER.

LAGRIMAS DEL ALMA.

¿Queréis oír? Es una historia trágica, de escaso interés; una página descolorida del voluminoso libro de las humanas decepciones; un verso del perpetuo poema de la amargura; una palabra de ese continuo sarcasmo que sellamos la vida... La vida! el mas prolongado de los martirios, el mas cruel de los suplicios; la vida! ese tormento que habeis de sufrir con resignación, que no podeis alejar de vosotros ni acelerarla, porque tiene duración marcada; ni romperle ni destruirle, porque destruyéndolo cometéis un crimen espantoso, porque el suicidio es el quebrantamiento de una ley divina, porque la vida es una expiación dolorosísima impuesta á la primera ingratitude que el hombre y la mujer cometieron juntamente.

La mujer! el primero de los seres ingratos en el orden cronológico, como el hombre fué el primero de los homicidas; la mujer, encarnación del hombre y su poesía, poesía voluptuosa á veces y dulcísima como la del *Cántico de los Cánticos*, á veces acerba y estridente como los poemas de Byron; novela misteriosa y aere como las de Soullé, caprichosa y fantástica como los cuentos de Hoffmann; la mujer, flor la mas bella de los jardines del mundo, pero cuyo perfume lleva consigo ponzoñosos miasmas; la mujer, eterna é inconcebible contradicción en su organismo y en su espíritu, en sus sentimientos y en sus ideas; incomprendible amalgama de debilidad y firmeza, de aspereza y suavidad, de refinado egoísmo y abnegación heroica.

Puerilidades! miserables plágios! cien veces, con diferentes formas, en todos los tonos, en prosa y en verso, desde la epopeya al epigrama, desde un libro de fisiología hasta una gaceta inspirada por el despecho, la mujer ha sido ensalzada y despreciada, coimada de ardorosas bendiciones, zaherida con abrasadores sarcasmos; dictador ó elogio, execración ó entusiasmo, siempre verdad y justicia nunca. ¿Por qué? porque el hombre mira siempre la mujer á través de un prisma de aumento: cuando la ama, la adora; cuando la aborrece, la execra; cuando la respeta, la diviniza; cuando la desprecia, la huella. ¿Por qué casi siempre la exageración, por qué? Ay! por que el hombre solo puede juzgarla con imparcialidad cuando la ve con indiferencia... y es la indiferencia tan costosa! se necesitan tantos dolores para adquirirla! se sufre tanto antes que la sensibilidad concluya!...

Vosotros, las que me tratáis, y creéis conocerme, cuán grande es vuestro error! Extravagante, aere, duro, veleidoso, escéptico, ingrato, cruel, indiferente... y otros epítetos análogos; me los aplicáis sin reflexión, sin piedad, y á ninguna os ocurre el propio, ninguna emplea el que verdaderamente me corresponde... ¿Por qué no me llamáis *desdichado*? Esa palabra basta para comprender todas mis extravagancias, todas mis actitudes, todas mis durezas, todas mis veleidades; esa palabra explica mi escépticismo, mi ingratitude, mi crueldad; esa palabra es la clave de la indiferencia que segun decís os mata, porque sobreviene en los instantes en que esperais mayor fogosidad, un entusiasmo delirante, los impetuosos arrebatos de una pasión volcánica.

Si no comprendéis esa palabra, os la explicaré. Escuchad.

Era una tarde de mayo: balsámicas brisas perfumaban el espacio; acercábanse los crepúsculos vespertinos; el manso murmullo de un caudaloso río, que hace adivinar el mar, como la luna hace adivinar el sol, se confundía con el susurro de una frondosa alameda; los espíritus que preceden á la noche llevaban á las flores la orden de cerrar sus cálices; penetrábanse los penetrantes acentos y las dulces melodías de enamoradas avocillas que desde las ramas de las acacias, de los tilos, de las lilas, de las magnólias, de los ricomoros, se enviaban unas á otras en silenciosos trinos maravillosas protestas de su amor, ó de sus celos melancólicos querellas; y lejos, muy lejos, el confuso rumor de una ciudad populosa. No se veía una mujer, no se veía un hombre... un joven, no, no; un niño sentado al pié de una magnolia era el único ser humano que allí se descubría.

Un niño diez y seis años, corazón virgen, encantadoras ilusiones, sueños magníficos, poesía en el alma, experiencia del... colegio! ¿Qué hace allí solitario y melancólico? Sueña y siente...

Un grito convulsivo y desgarrador, repentino y lejano, hiere el oído del infantil soñador; levántase instintivamente como si hubiera despertado sus fibras una conmoción eléctrica. Las fuertes pisadas de un corcel se perciben á lo lejos; aparece en el extremo de la ancha calle de magnólias donde el niño se encuentra; avanza con sorprendente velocidad, sin que los esfuerzos de su ginete puedan contenerle desde el corcel al niño treinta pasos, desde el niño el río, veinte... cincuenta pasos para un corcel desbocado!... Con la ligereza y la seguridad del tigre que se ceba, házase el niño al corcel cruzada á su lado, pásase con el brazo izquierdo al cuello, tira violentamente con la mano derecha de una sola brida, y el ligero animal, jadeante y enfurecido, cede al dolor que la presión de un solo pelo le ocasiona, vacila sus nerviosas piernas al apoyarse en ellas, pierde su equilibrio

y cae. Cinco pasos mas, y el ángel de la muerte sale de las corrientes del río para recibir en sus descarnados brazos al niño, al corcel y á su ginete.

El ginete... era una bellissima dama, melancólica y hechicera como las virgenes de Rafael, vaporosa y fantástica como las hijas de Oasian errantes por las rocas de Morven; una encantadora escapada de los jardines de Armida; un ángel perdido en el universo; la Eva de Milton antes de llevar á sus labios la fatal manzana. ¡Recordais el primer instante de vuestro primer amor? Si le habeis olvidado, os compadezco; yo no puedo describirlo porque tambien le he olvidado después de haberle maldecido. La Eva, el ángel, la encantadora, la niña asiática, la virgen de Rafael, la bellissima dama era... una mujer de grovica, de grovica, impudica y sensual; una miserable adúltera! adúltera que fingia amores en las horas del día al pobre niño que la salvaba de una muerte horrible, al pobre niño que la adoraba con inefable ternura, con respetuosa y cándida veneración, adúltera que se embriaga por las noches con cínicos placeres en los brazos de un hombre que pertenecía á otra mujer.

¡Pobre niño!

¡Comprendéis ya la palabra *desdichado* que leisteis hace poco? ¿No? Escuchad todavía.

Velados por un cortinaje de damasco verde, penetraban en una silenciosa estancia los melancólicos rayos del sol de otoño: era el último día de octubre. Enfrente del balcón, y próximo á la pared habia un lecho; en el lecho agonizaba un hombre. Sentado en el borde y extendido el brazo sobre la almohada, sostenia una hermosa mujer la cabeza del moribundo, y enjugaba de tiempo en tiempo con una mano de escultural belleza el helado sudor que brotaba de aquella frente cárdena y marchita.

La agonía de un tísico, prolongadísima y tremenda, es un espectáculo horroroso: las entrañas del espectador se hacen pedruzcos; aquellos gemidos imperceptibles, aquella ansiedad creciente, aquella respiración entelosa y desigual, aquella lividez, aquellos ojos sin brillo, aquella mirada glacial no se describen; se recuerdan, y su recuerdo aterra. La salvación eterna de los tísicos es para mí un axioma, porque no es implacable la divina justicia! ¿si los tísicos no ralmente en este mundo sus faltas, quién las redimirá, quién?...

El tísico moría! La hermosa mujer que sostenia su cabeza, fué separada del cadáver por amigos solícitos y cariñosos, que la sacaron de la estancia, la condujeron á una alcoba inmediata, la desdolaron, y la metieron en un lecho con colinas de marfil blanco, sujetas con una corona de camelias celestes artificiales. Los grandes ojos negros soberanamente hermosos de aquella mujer derramaban abundantisimas lágrimas de amargo desconsuelo: ni un gemido, ni un suspiro... tan profundo era su dolor, que sin las lágrimas, se la hubiera creído la estatua de la amargura, labrada por un cincel divino.

Dos horas después, con voz misteriosa y serena:

—Esta noche, cuando el reloj del gabinete señale la una, sal al corredor, encontrarás á Lucin, te conducirá aquí, y cuando crean esos imbéciles que reposo, estará embriagada con las caricias de la amor.

—Gracias, señora! la muerte acaba de arrebatarme un amante que iba á ser vuestro marido, que os ha dejado toda su fortuna, que ha murmurado vuestro nombre al lanzar el último suspiro, ignorando tanta perdición! él os creía pura y os amaba; yo os amaba sin creer en vuestra pureza; pero este último rasgo de cinismo ha desgarrado mi corazón y herido mortalmente mi amor. Adiós, señora!

¡Feliz joven!

Si no habeis comprendido todavía la palabra *desdichado*, continuad escuchando.

Hay una atmósfera cargada de patridos y deletéreos miasmas, donde las naturalezas mas nobles se vician, los corazones mas elevados se bastardean; donde reina constantemente el aire pestilencial y epidémico de la mas oprobiosa fisonomía, de la adulación mas abyecta; las pasiones que envilecen á la humanidad, porque la degradan, tienen allí su asiento, ejercen allí su funesto poderio; la covardia, la subterfugio, los celos sin amor, la codicia, derivaciones todas del mas ínico egoísmo y los instrumentos que este simultáneamente emplea, el disimulo mas refinado, la mas rastrera intriga, la mas humillante hipocresía, el mas cobarde servilismo, la mas calculadora perfidia, son allí hechos tan generales y frecuentes, que nadie los censura, ni los estraña, ni les percibe siquiera, cuando no afectan á su persona; si interesan, se toma venganza; si no interesan, se ven con indiferencia.

En esa atmósfera, cuyo nombre habeis adivinado, encontré yo una flor pura y lozana; veintidós primaveras habian pasado sobre ella, y su cáliz permanecía virginal, como en el instante de nacer. Era bello los colores de mi flor, pero la belleza de sus colores no podía compararse con la fragancia de sus perfumes: aquella flor virginal era el sueño de mi vida, la realidad de mis ilusiones, el término de mis esperanzas, el blanco de mis deseos; yo aspiraba sus purísimas emanaciones en mis eternas horas de amargura, y mi lacreado corazón

siente caer sobre él un bálsamo bendito, y las úlceras se cerraban, y desaparecían los dolores, y los ríos cesaban, y la confianza renacía, cuando murmuraba con misterioso lenguaje que yo solo comprendía.

—Prefero el lugar más humilde de tu pobre huertecillo, á ocupar el principal en los pensiles de un rey.—Y colmándose en su tallo, muelle y voluptuosa, se inclinaba sobre mí como demandando un beso de ternura.

Pero ¡ay! que mi flor estaba adherida á un tronco carcomido y rodeada de viles insectos, que escupían su veneno al que intentaba cogerla, porque de ella se nutrían, porque esperaban venderla. Y se formó una horrible y asoladora tempestad, y silbaron los vientos, y cubrióse el cielo de negro y tenebroso manto, y en medio de aquellas densas tinieblas blandió una mano traidora el puñal de la colomina, hiríome alevosamente, construyó un valladar de imposturas, y un fatigado reptil triunfó del hombre, absorbiendo la fragancia de mi flor, que débil y combatida se dejó trasplantar del huertecillo donde reinaba sola y adorada, despreciando la pobreza de su suelo.

¿No comprendéis aun la palabra *desdichado*? Si, si, la comprendéis. Si la comprendéis, perdonadme, compadecedme, consoladme: lo pedirá primero, la impureza después, el olvido luego, marchitaron mi corazón, le desgarraron, le carcomieron; llavo espigas en el alma: y algunas veces, á pesar mío, sin poder dominarme ni reprimirme, ni aun contenerme, desgarro y laceró el alma que se pone en contacto con la mía... Si en el campo del amor he recogido desengaños, ¿no es natural, aunque doloroso, que esparza al viento sospechas?

Adiós, lectoras!

R. DE NEGRO.

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SEGUNDO.

(Conclusión.)

Más no suele ir solo el poeta provenzal. En torno á él caminan varios personajes de la misma profesión, aunque menos elevados en categoría; que el trovador para llevar con dignidad este título há menester ser esbaltado. El *canzor*, que canta sus composiciones líricas cuando aquel no tiene por conveniente verificarlo; el *jugar*, que ó bien suple al cantor ó bien dice y hace farasas y cosas picarescas, y de las cuales, y entre paréntesis, sale siempre el pudor muy mal parado, con objeto todo ello de amenizar lo serio de la canción y servir de entrascto. Al lado de estos hallase por fin el *menestral*, *menestral*, que ó canta también, ó que, y esto es lo más general, acompaña el canto con su instrumento. Este suele ser á propósito para la circunstancia: guitarra, rabal, flauta, ó caramillo, laúd etc., etc. Esta pequeña compañía artística, especie de teatro ambulante que encierra en su seno los tres elementos del arte dramático á saber, poetas, actores y músicos, llegado que había el buen tiempo, el tiempo de primavera, como hemos dicho, se ponía en marcha y tomaba la dirección de los castillos feudales, é iba recorriéndolos de este modo mientras duraban las bellas estaciones del año, las estaciones del amor, de la poesía y del placer, hasta que la caída de las hojas y los oblicuos rayos del sol de otoño les servían de señal para volver á su retiro.

Cualquiera comprenderá lo que estos varones tan poco casuales en materias morales, cuya misión era la de cantar y celebrar el amor en teoría y en práctica, para cumplir con los fáciles preceptos del famoso Código, y cuyos 51 preceptos no hemos examinado todos porque á manera de los diez Mandamientos de la ley de Dios se encierran en dos, en amar y colear á todas las buenas mujeres casadas del país, con preferencia á las buenas solteras, y amarse á sí mismo procurando etc., etc., cualquiera comprenderá, repetimos, lo que harían de buena y sobre todo de moral estos varones en sus escursiones poético-galantes.

Nos asista pues sobrada razón para decir que el poeta provenzal es un D. Juan Tenorio, un Anthony, un personaje cortado á la Werther, á lo Childe Harold, cuya vida errante y vagabunda se pasa toda en las frías transiciones del dolor y del placer, de la fe y de la duda, del vicio y de la virtud. Vida lujuriosa, agitada, viviente, febril, que se consume rápida en el crimen, ó se apaga lenta y ponosa en el arrepentimiento. Y la expresión de ese amor impuro que hierve cual porphyra volcán en el corazón del trovador, y se manifiesta por síntomas ó menos ajetos, ya podremos adivinar cual será. El trovador no se atiene á la parte noble y elevada de este sentimiento, á esa serie de causas morales ante todo, que siempre revela el rostro de la mujer al

través de los encantos físicos que le engañan, y que van formando uno á uno la secreta, la misteriosa cadena, que nos une á la persona amada.

El trovador solo toma por motivo de sus cantos, solo celebra esa belleza exterior y de forma, belleza puramente accidental y pasajera, que podrá por sí misma suscitar y aun conservar una pasión, pero jamás un verdadero sentimiento de afecto, de simpatía, de amor. Belleza que sin esas condiciones será tan fatal á la que la posee como al que se deja arrastrar de un brillo fascinador; belleza que será la tónica emponzoñada de Dejanira que dió muerte á Hércules; belleza que está desterrada, proscrita del arte cristiano, y que no debieron celebrar los poetas provenzales, como tampoco la celebraron Dante y Petrarca; belleza por fin que hace de la mujer celebrada una Aspasia, una Lois, una Erinó, una Lastenia ó otra cualquier cortesana de la antigua Grecia. Y aquí se nos ocurre la siguiente observación. Si en el arte antiguo pagano hallamos á una Fedra culpable que se enamora de Hipólito, en cuyas venas corre la sangre de aquel que está unido á ella con los vínculos del matrimonio, ¡en el arte moderno cristiano hallamos á impúdicas Messalinas unirse en vínculos carnales, y á presencia de nuevos é imbeciles Claudio sus esposos, al hombre que baja su ventura le canta unos versos de amor. Y hallamos también ¡oh dolor! que los primeros eos de la lira profana del arte moderno se dirigen á manchar, á envilecer un sentimiento al cual debe la vida este arte, al sentimiento religioso. Y si esta es una virtud en los provenzales; si esto constituye en mérito al cual ha de seguir una recompensa, séanos licito deseársela cual se la deseaba el virtuoso Fabricio al ministro de Puro al oírle proclamar en la Curia Romana las máximas de Epicuro.

Da meliora piis errorumque hostibus illum!

El piadoso Eneas decía al lamontarse de las pérdidas de los griegos:

et crimina ab uno

Disce omnes.

Y nosotros, que con no menos razón nos lamentamos de los crímenes morales y poéticos de los trovadores, les decimos también como á hombres y como á poetas: *por uno conocedlos á todos.*

Las poesías de los poetas provenzales tienen todas con extraordinaria uniformidad, aunque en mayor ó menor grado, á eso que hoy entra por mucho en la novela de costumbres y particularmente entre nuestros vecinos los franceses: á la pintura exterior del hombre ó mujer que nos ocupa. Y si es en esta, á la descripción minuciosa de esa serie de honitos detalles, de agradables incidentes casuales que forman su belleza sensual y aparente. En cuanto á esa enumeración de virtudes, á esas prendas misteriosas del alma que constituyen la belleza de la mujer que amaba Petrarca, de seguro que no las hallaremos en las poesías de los impuros vates de Provenza.

El torneado cuello que destaca su esbeltez sobre blancas espaldas; los grandes y rasgados ojos que despiden liernas miradas de placer ó de melancolía; la negra ó rubia cabellera que desarrolla lasciva sus sedosas trenzas; el fecundo seno que dibuja sus formas bajo el velo misterioso que le encubre; la delicada mano, de fino, de azulado cutis; el flexible tallo que cede, cual rama de palmera, á las diversas y encontradas brisas de la coquetería femenina; el diminuto pló, la seductora sonrisa, el risueño decir de la mujer; joven, hermosa, llena de gracia y lozanía; hé aquí lo que uniformemente celebra el trovador de Provenza. No celebraron otra cosa los cantores de Grecia y Roma, Alceo, Anacreonte, Pindaro, y las brillantes poetisas Sappho, Erinna, Mirtis, Corina, Miro, entre los griegos, y entre los romanos Catullo, Tibulo, Propertio y Ovidio, no de otro modo que este sensual gongoro y hasta repugnante nos dibujan estos poetas líricos á la mujer.

¿Y saben acaso semejantes pinturas, que desfilan por todas partes sueltas gotas de repugnante lascivia, en una edad tan pura, tan ideal y sublime en sus sentimientos y afectos, en sus ideas y concepciones como lo es la edad media? No seguramente. Y si es cierto que las circunstancias forman á los hombres y los dominan, los poetas provenzales, el cambiarse por después las malhadadas circunstancias que los habían dado á luz, porque la humanidad no puede caminar largo trecho en la senda del vicio, debían seguir el cambio de estas mismas circunstancias y desaparecer con ellas. Pero aun cuando esto no fuese, ese amor tan peregrino de que hablamos, debía desaparecer de la faz de la tierra, porque llevaba en sí como esas desgraciadas naturalezas que arrastran su existencia bajo el peso de una enfermedad oculta, fatales gérmenes de decadencia y muerte.

ANTONIO DE AQUINO.

BAUTISTA MONTAUBAN.

(Conclusión.)

Se fué á poner sus polainas y su gorra púlica, volvió, y abrazando de nuevo á la buena mujer, echó á correr delante de un silbando, mientras que todos los pájaros del bosque revoloteaban cantando alto-

deser suyo. Imaginaba que si no les hubiese espantado mi presencia, se hubieran puesto sobre sus espaldas y su gorra. Después de media hora de camino atravesamos las barracas de los leñadores. Los niños acudieron á vernos pasar.

— ¡Oh! ved, gritaban, el tonto de las polainas encarnadas, el hijo de la Montañan, que va á cazar sin redes. ¡Buena caza, buen Batilandoos algún pájaro, un grajo, un arropéndolo, ó uno de esos malditos picaverdes que agujerean nuestros árboles, y aunque fuese un verdetero. — No, no, les respondió, no tendréis más pájaros tales como antes. Vosotros los aprisionáis en jaulas, en lugar de retenerlos por medio de caricias, los cortáis las alas y los atormentáis de mil maneras. No os quedará más pájaros. El espíritu de Dios está en la avecilla que vuela. No es el niño cruel que la oprime, que la mutila, que la mata y la come. Sois una raza maldita, y los pajarillos del cielo son mis hermanitos.

Bautista volvió á emprender su carrera acompañado de las burlas de aquellos misérrimos, que sin duda se admiraban de encontrarle cada día más imbécil.

De buena gana los hubiera castigado porque no podía dejar de amar cada vez más al desgraciado Bati!

Cuando llegamos al sitio fijado, Bautista se detuvo como si se le opusiera una barrera insuperable, retrocedió algunos pasos, y volvió hacia el bosque llamando sus pájaros.

— ¡Oh! ahí decía él, ¿dónde estáis, las bonitas, las pequeñuelas pajarillas del bosquecillo? No me amais ya, ingratas y más veleidosas que las mujeres, si el gavilán no os ha devorado. Venid, pequeñas, venid, más bellas; yo tengo maridos para vosotras, dos lindos verdeteros de la última cría!... Tomad, continuó arrojando sobre el césped su gorra polonesa, que dejó sus largos cabellos rubios esparcirse por sus espaldas; dormid, hijas mías, sin temor de los hombres, de las redes del cazador y de las colebreras, porque yo velo por vosotras como una madre por sus hijuelos.

Mientras que él hablaba, me había adelantado algunos pasos. Dirigí mis ojos á las azuladas y limpidas aguas con que bañan mi querido Yuras, el pie de las nobles montañas que hacen tu gloria y donde no se encuentran muchas ciudades y habitantes! L'Ain es otro cielo cuyo purísimo azul no tiene nada que envidiar á aquel en que se mueven las esferas.

El lenguaje de Bautista me sacó de mi contemplacion. Me aproximé á su voz con poco silencio y mesurado, pero riéndome interiormente de mi credulidad. Sin embargo, los pajarillos estaban allí estrechándose unos á otros y levantando sus alas para cobijarse mejor, como la falanga de tortugas que se tapaban con sus escudos. No tengo necesidad de decir que me retiré inmediatamente para no espantarlos. — Aunque vuestra casa me parece feliz y completa, es probable que no volveréis esta mañana á la casa blanca del bosque. Vuestra madre os ha recomendado el ejercicio, y yo espero encontraros al volver. En todo caso, ya ha tomado bastante bien las señas del camino para no extravíarme, y sentiría mucho deteneros aquí contra vuestra voluntad. Pero si no os vuelve á ver, Bautista, tendréis un sentimiento de separarse de vos sin dejaros algun recuerdo de mi amistad. Guardad en memoria tal este rollo de plata, si no preferís esta pieza de oro para comprar lo que necesitáis... — ¡Un rollo!... dijo el inocente tomándose la mano, ¿creéis que el sol llegará á estinguirse hoy?... ¡Oh! mi madre tiene todavía para nuestros pobres: ¿y de qué plácida serviría en medio de mis pájaros? — ¡No tenéis nada que desear, Bautista? — Nada, porque mi padre no me ha negado nunca cosa alguna... sino un maldito cuchillo.

Esta idea me estremeció, y recordé lo que me había dicho su madre. — Dios me libre, Bautista, de daros un cuchillo! mi buena nodriza, que vive todavía, me ha repetido cien veces que este triste presente rompía los lazos de la amistad. Y además gentes como nosotros, amigo mío, no llevan consigo cuchillo. Yo no me he provisto jamás de armas del carniceiro y del asesino.

Bautista volvió á su gorrilla, y se puso á hablar á sus pajarillos. Le observaba un momento antes de seguir mi marcha, cuando me vi rodear por un grupo de ginetes que iban en la misma dirección.

— ¡Máximo aquí! Máximo en las pintorescas orillas de L'Ain! Llegó á tiempo; los amigos del Dubourg no deben faltar á la bendición nupcial de su bella Rosalia, y ya es hora de medio día. ¡Desgraciado! exclamé para mí, y no respondí, Bautista me ocupaba demasiado. En efecto, está dirigido hacia ellos una mirada vaga y sin expresion determinada: después le vi sonreír y volver á sus pájaros. Llegué á creer que no había oído, ó no había comprendido, y me reñí á mis nuevos compañeros de viaje sin perderle de vista. La boda fué alegre como todas las bodas. Los hombres no están nunca tan contentos como el día en que abdicen su libertad. Rosalia estaba encantadora, más encantadora que nunca, pero más pensativa de la que suele estar comunmente una joven desposada. Su alma conservaba sin duda un vago

recuerdo de los hermosos días de la infancia en que ella debió soñar otros amores y otro esposo... En cuanto al novio, era un robusto manco dotado de una constitucion vigorosa que ninguna emoción había alterado jamás; dotado de esa serenidad imperturbable que una gran fortuna y un poco de trato social dan á los tontos, hablando alto, hablando mucho, hablando de todo, riéndose de lo mismo que decía, forzando á los demás á tomar parte, á despecho suyo, en su satisfaccion, gordo industrial, instruido superficialmente en física, química, jurisprudencia, política, estadística y frenología; elector y elegible por derecho de patente y de capacidad territorial; por lo demás, liberal del justo medio, clásico, filántropo, materialista, y el mejor hijo del mundo, un hombre insupportable.

— Partí tan pronto como fui dueño de mí, disimulando diestramente mi evasion por medio de los juegos y las fiestas. Desearía volver á ver á Bautista. Cuando llegué á la entrada del bosque al sitio en que el L'Ain se sepulta en la tierra, vi algunas ligeras barquillas que recorrian el río en todas direcciones, y que no había visto por la mañana. Suponia que pertenecerían á los colonos del canton que se esforzaban por proporcionar provision de pesca para los festines de la quinta de Dubourg. De pronto las barcas se acercaron á la orilla, los albañales saltaron en tierra, y un grupo bastante numeroso rodeaba un bulto. No soy curioso; sin embargo, sin saber por qué corrí hacia él.

— El es, decía un viejo pescador, es el pobre inocente de las polainas encarnadas, el hijo de la Montañan, que se habrá ahogado persiguiendo alguna golondrina, sin acordarse del río: si no se ha ahogado de intento, lo que Dios le perdone! Bautista! pobre Bautista! ya no me pedirá un cuchillo el desgraciado niño. — Tal vez, dije precipitadamente hacia el cadáver, no haya muerto todavía; tal vez podamos volverle á la vida!

— ¡Pero cómo queréis que no esté completamente ahogado? respondió otro pescador. Uno de nuestros niños que estaba aquí le vi arrojar en el momento en que la cabalgada de los amigos de Mr. Dubourg salía del bosque. Acudimos á los gritos del niño, y hemos tardado siete horas en encontrarle. Entonces está muerto! Qué fortuna! exclamó un lindo niño de unos diez años corriendo hacia el montez; yo sé dónde ha dejado su gorra polonesa que está llena como un nido de pajarillos verdes.

Me volví á pasar después por el país. No he podido adquirir noticia alguna de la madre de Bautista; sin duda ha muerto ó ha vuelto á su aldea.

La casa blanca del bosque ha cambiado de forma. Es muy grande y muy cuidada; tal las aves se aruden ya á ella. El yerno de Mr. Dubourg ha establecido en ella una escuela de ensenanza mútua, en la que los niños aprenden á tenerse envidia y aborrecerse mutuamente, y después á leer y escribir, es decir, lo único que les faltaba para ser unas criaturas detestables. Es un infierno.

ESTATUA DEL DIFUNTO OBISPO DE CADIZ,

por D. Leoncio Baglietto.

El arte es el hijo del espíritu. No satisficó este de las formas imperfectas con que la naturaleza realiza sus propios tipos, y desandó otras mas regulares y hermosas para la encarnacion de las ideas y pensamientos que nacen dentro de su misterioso seno al contemplar ambos universos, el material y el inmaterial, las imagina, las crea instintivamente, y cogiendo después el mármol ó el bronce, el lápiz ó los colores, las realiza en estos materiales dándole firmeza y perpetuidad y haciéndolas comunicables: el hombre dedicado á este trabajo, intelectual por lo que imagina, material por lo que realiza, es el artista.

El arte es el complemento de toda civilizacion, la cual retrata y sintetiza. Los restos de la arquitectura y escultura egipcias nos permiten mejor que los fragmentos históricos relativos á aquella importante region, el estado social, las costumbres y las creencias religiosas de los antiguos habitantes de las orillas del Nilo.

Aunque conocemos perfectamente la historia del pueblo griego, es evidente que la admiracion que hoy nos causa su rápido y maravilloso desarrollo social, no sería tan grande ni tan general sin los preciosos restos de sus monumentos artísticos, archivados muchos de ellos en nuestros museos, y al lado de los cuales todo portento de las artes modernas nos parece un deseo inútil, un esfuerzo impotente.

Las artes de cada época nos pintan y retratan euérgicamente las ideas dominantes en ella. Nos hablan en Egipto de la organizacion por castas, del predominio sacerdotal, de la aristocracia faraónica y de la esclavitud de la clase trabajadora.

En Grecia, de democracia y humanidad, de libertad, de raclusismo, de amor á lo bueno y á lo bello.

En Roma, de prepotencia militar, de fuerza colectiva centralizada, de política, espíritu de asimilación, de expansión social, de fusión de razas, de religiones y creencias racionales ó filosóficas.

En la edad media de amor, de espíritu caballeresco, de la unidad de Dios, de su encarnación en la humanidad, de la vida eterna, de sus penas y recompensas.

El arte no siempre vive y se sostiene en estas elevadas generalidades; muchas veces desciende un poco, y en vez de un tipo ideal realiza

otro real, en el cual se unieron durante su existencia grandes virtudes militares, políticas, civiles ó religiosas, y que por tanto merecen perpetuarse, presentándose á las generaciones presentes y futuras como tipo de perfección (en su orden, y ejemplo de saludable imitación).

A esta clase de obras artísticas pertenece la que en este momento nos pone la pluma en la mano, ejecutada en Cádiz por el joven escultor D. Leoncio Baglietto; pero antes de hablar de la obra ni del autor, diremos algo del objeto á quien se dedica, del venerable varón



(Estátua del obispo de Cádiz.)

que ha merecido de los hombres cuya conciencia religiosa tuvo á su cuidado, este testimonio perpétuo de amor y veneración á su vasta ciencia y á su inagotable caridad cristiana.

El Excmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno nació en Cañas, villa de la alta Rioja, el 25 de julio de 1770. Sus padres, labradores, fueron don Joaquín Moreno y doña Tomasa Merino.

Estudió latín en la villa de Anquiano, situada en la falda de Sierra de Cameros altos, y filosofía con los frailes de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada.

En 16 de febrero de 1788 tomó el hábito en Santo Domingo de Silos, hizo sus estudios teológicos en San Vicente de Salamanca y en San Pedro de Estonza; y á poco de concluir estos, fué nombrado maestro de estudiantes de Hirache, entonces floreciente universidad del reino de Navarra.

En 1801 la religión benedictina á que perteneció, en capítulo general, le nombró abad del monasterio de San Martín y cura al mismo tiempo de la dilatada parroquia que en Madrid lleva el mismo título.

No bien tomó posesión de la abadía de San Martín, dispuso que el

coche de los superiores de la casa fuese vendido, y se dedicó á ejercer en toda su extensión el ministerio que le estaba confiado. Al cesar en el cargo de abad no le quedó por producto de sus emolumentos sino la profunda gratitud de los pobres á quienes había socorrido y consolado.

En 1803 fué nombrado lector y defensor de casas de conciencia en el mismo monasterio de San Martín; pero la invasión de los franceses le obligó á retirarse á Santo Domingo de Silos. En aquella sazón vagaban fugitivos los monjes del referido convento, y Fray Domingo reunió los que pudo, y con ellos continuó en su monasterio. La protección que prestó á las guerrillas españolas de la Bicoja, dió motivo á los franceses para llamarle á Burgos para residenciarle; se defendió, y salió bien.

En 1813 fué nombrado abad del monasterio de Santo Domingo de Silos. En el mismo año recibió el título de conde de Caracass, que renunció, pero admitió luego por mandato del general de su orden.

En 1818 hallábase en el capítulo general de su orden, cuando le fueron presentadas las bulas en que el romano pontífice le nombraba obispo de Canaten (in partibus); el capítulo unánime lo saludó general de la orden. La revolución de América impidió que fuese á tomar posesión del nuevo cargo, y se volvió á su monasterio donde residió hasta que los monjes fueron extinguidos por el gobierno constitucional del año de 1820.

En 1824 fué nombrado por el rey Fernando VII obispo de Cádiz, cuya ciudad lo recibió con demostraciones extraordinarias de júbilo.

Dedicado en Cádiz don Fray Domingo de Silos al ejercicio de la caridad, sus acciones llevaban siempre el sello de la grandeza y de la abnegación.

Yacía á la sazón en el mayor abandono la fábrica de la catedral, comenzada en tiempos mejores con gran costo y que adornaban los arranques de sus esbeltas naves labores sumamente primorosas; servía de almacén de maderas y otros efectos.

En la madrugada del 6 de enero de 1852 las llamas devoraron la mayor parte de la obra. Este desgraciado suceso exaltó el ánimo del obispo, y reuniendo al punto todo el cabildo, quedó decretado no levantar mano hasta dejar concluida la catedral. Mas no eran estos ya los tiempos en que los españoles iban á desplegar su mapa en mares desconocidos; el oro de las Indias no llegaba á Cádiz, emporio un tiempo del comercio del mundo; la paz, la salud y la concordia habían desaparecido de nuestra desgraciada patria; y para mayor desventura, si se quería levantar un templo, el hacha de la revolución se preparaba con mano firme para destruir esas fábricas seculares, manifestación si de una idea que había cumplido sus días, pero que quebrantaba el pensamiento capital de la erección de la basílica. La obra se concluyó no obstante reduciendo el obispo su mesa al rango de la de un simple jornalero, no teniendo mas que una camisa, vendiendo todo lo que poseía, y dando con este modo de vida y con su caridad tan singular ejemplo, que hasta los revolucionarios mas furiosos contribuyeron con pingües donativos para la iglesia.

Entre los muchos casos que se cuentan de su evangélica sabiduría, es notable el siguiente:

Se había suicidado un protestante inglés (en Cádiz), persona de entidad, y su familia y amigos, en el conflicto de tenerlo que enterrar en un muladar, acudieron al obispo, el cual les contestó: pues bien; el asunto es muy sencillo. Enterrarlo en el cementerio, y ni vosotros me habéis dicho nada, ni yo os he dicho nada tampoco.

Influó también eficazmente en union de Quesada para que el rey Fernando no fusilase á todos los comprometidos en el asesinato del gobernador Oliver.

El día 28 de noviembre de 1858 logró el fin el venerable obispo reanudar la suntuosa basílica graditísima enriquecida después interiormente con las ofrendas que á porfía hicieron los naturales.

Ya era caballero de las órdenes de Carlos Tercero é Isabel la Católica y senador del reino, cuando la reina le nombró arzobispo de Sevilla, cuya dignidad renunció inmediatamente con aplauso general.

Convidado frecuentemente para honrar con su presencia los actos religiosos de las funciones de iglesia, decía á sus amigos con este motivo: no voy por gozar del respeto que se debe á mi dignidad, ni ménos porque creo que la devoción obra en los que para todo piden mi asistencia; pero á quienes nada tienen no quiero despojar del simulacro de piedad que ambicionan. Si les quitase este, ¿qué les quedaría?

Murió Fray Domingo de Silos Moreno el 9 de marzo de 1853; y en su testamento, no teniendo bienes que dejar, dejó el capítulo que debía escribirse en su losa:

AGET YACE
FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO
INDIGNO MONJE BENEDICTINO
Y MAS INDIGNO OBISPO DE CADIZ.

Inmediatamente que murió el obispo, promovió una suscripción para elevarle un monumento que recordara y perpetuara la memoria de sus altas virtudes cristianas, el Señor D. Javier de Urrutia, propietario de Cádiz, artista aficionado y alcalde constitucional entonces, á la que suscribió todo Cádiz, cada cual en proporcion de sus recursos.

El señor de Urrutia invitó entonces á un concurso de oposicion á varios artistas escultores, para que presentasen un boceto que habia de ser aprobado por la Academia de Cádiz. Verificado este, mereció de ser aprobado por la corporacion el presentado por D. Leoncio Baglietto, cuyo artista quedó encargado desde luego de la ejecucion de la estatua.

El pequeño dibujo que acompaña á este artículo, prueba demasiado la acertada eleccion de la academia gaditana: dibujo correcto, grandes y regulares proporciones, ropas bien plegadas, natural acusado con inteligencia y economía, movimiento delicado, y filosofía en el momento elegido para representar á su héroe, tales son las excelentes cualidades que ha sabido adecuar en su primera obra monumental el jóven y aventajado artista D. Leoncio Baglietto.

La estatua, de tres varas de altura, ha sido fundida en bronce en el arsenal de la Carraca por el maestro fundidor inglés Pedro Casley, que fué el que fundió los bajos relieves de la batalla de Trafalgar, que se hallan en Londres en la plaza del mismo nombre (plaza de Trafalgar). El artista autor de la estatua, cumpliendo con el objeto principal que motivó el pensamiento de su elevacion, que fué la conclusion de la catedral, representa al obispo en el momento en que con una mano despliega á los ojos de su pueblo el plano de la catedral, y con la otra le saluda afectuosamente con su bendicion.

La obra del señor Baglietto ha de colocarse en medio de la plaza de la catedral, sobre un pedestal de siete varas y dando frente á la fachada de la iglesia.

Al terminar este artículo, no podemos ménos de felicitar al señor Baglietto por el triunfo que acaba de conseguir con la ejecucion de una obra en que no ha procurado obtener utilidades, porque esto no podria ser, atendiendo á los modestos fondos destinados á retribuir su trabajo material, sus gastos y su mérito artistico. Le felicitamos por el amor al arte que revela su desprendimiento, á la par que las excelentes dotes de su estatus; y le felicitamos tambien porque esperamos, hoy que al fin se despierta el gusto de las artes, y la noble honra de alzar monumentos á nuestras olvidadas glorias, esperamos, repetimos, que el señor Baglietto nos dé en nuevas obras pruebas inequívocas de sus rápidos progresos en el difícil cuanto honroso arte de la estatuaria.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO III.

CONFESION SIN PENITENCIA.

Es el crepúsculo de la tarde. Su indecisa y misteriosa penumbra llena el espacioso templo de San Francisco con una media tinta vaporosa, que no permite ya percibirse exactamente los objetos, y que condensándose en imperceptible gradación, les presta ese colorido fantástico que tanto preocupa la imaginacion débil y apasionada. Todo yace allí en grave silencio. Beina en el santuario el reposo de la santidad. Y sin embargo, familiarizados los ojos un tanto con aquella opacidad, pudieran distinguir clara forma cuidadosamente velada deslizarse por una de las galerías laterales de la iglesia, y dirigirse á cierto confesionario, del cual salió un religioso, que desenvolviéndose de su benévola hospitalidad, dió el agua de purificacion con muestra de singular respeto á la silenciosa, y por lo visto espantada aparición.

—Con bien os traiga Dios á su santa casa, respetable señora.

—No puede sucederme mal, cuando encuentro al amigo cortesano donde podía esperarme el austero juzgador.

—Aquí, como en todas partes, soy vuestro mas respetuoso servidor.

—Veid que acepto esa prenda.

—Espero vuestra voluntad.

—Así os quiero; pero guíadme á vuestros pies; que vais á leer, no las flaquezas de mi alma, sino las culpas de mi corazón.

El franciscano hizo brillar sus ojos con un relámpago de júbilo, que se perdió entre las crecientes sombras de la tarde; y tornó á entrar en su confesionario, ante cuya velosidad se postró la dama con muestras de profunda y sombría premonicion.

Hubo unos instantes de silencio, al cabo de los cuales la añorada señora le dijo á su benévolo interlocutor:

—Bien os pudieran haber extrañado, padre, las misteriosas palabras que me han servido de introducción. Pero vuestra sorpresa ha de cesar á mis primeras explicaciones. No vengo aquí hoy en busca de la absolución del sacerdote; vengo en demanda de los oficios del amigo.

—Pero en tal caso, mi señora, ¿pudierais haberme significado vuestro deseo, y en vuestra morada propia...

—En los alcázares de los señores todo son oídos, ojos y horas. Aquí, en el lugar del siglo y del arcángel venerable, estamos libres de testigos indiscretos y de interpretaciones descomedidas.

—Admiro tan delicada prudencia; pero me duele hayais de estar de hijosos...

—Así os cuadra completamente á mis intentos. Haced cuenta pues que para todo nuestro coloquio es una confesión...

—¿Sin penitencia?... repuso el reverendo con tono de paternal longanimidad.

—Un profundo y ahogado suspiro fué la única respuesta á tan inoportuna ocurrencia. El fraile debió comprender que no había estado feliz, pues en tono estudiadamente contemplativo se limitó á añadir:

—«Bienaventurados los que padecen en el nombre del Señor!»

La condesa (pues ya el lector habrá conocido á la enlutada del templo) no oyó, ó fingió no haber oído este edificante concepto, puesto que repuesta de su amarga, si bien transitoria emoción, siguió así el hilo de sus desasosegadas pensamientos.

Si ya hablase ahora con quien no conociése algunos pormenores de mi existencia y ciertos casos de familia, sería necesario tomar el discurso desde pretéritas andanzas, y renovar úlceras muy doloridas en mi corazón. Pero afortunadamente departo con el amigo y el consejero de los míos, y esto me escusa de decir más de lo que conviene á la ocasión y á mi desahucio. Recordais, padre, algo de la historia del noble D. Pedro Girón?... ¡Oh!... No vayais, por Dios, á creer que, al tomar en boca el nombre de quien un tiempo recibiera las promesas de mi fe, sea por una flaca y desocurdada reminiscencia. No. De aquellas ilusas y estériles mocedades, de aquellos días de juramentos engañosos de locuras delirantes y de olvidadas esperanzas, sólo me quedó un recuerdo capaz de hacerme enloquecer. D. Pedro Girón, de mente y ciego en sus ambiciones, imaginóse bueno para alzarse á la altura de las régias cumbres... tomó los sueños por realidad... y horro de su paré el nombre de la hija de los próceres, para escribir el de la nieta de los reyes. Y esto, á la faz de Castilla, cuando nuestro enlace era un suceso de estado, poniéndome en espectáculo ante quien se cree más que yo... ¡Ultraje inmenso!... ¡Inicua irrisión!... Un año ha trascurrido desde entonces... un año de amargura y de infinito dolor. Pero ha llegado mi día... voy á lanzarme contra D. Pedro Girón, y necesito un amigo en el desempeño de mi honor. Vos habéis fijado mi preferencia. Seguidme, si os atrevéis.

—Soj vuestro de corazón; y me haceis honorosísima merced; respondió el fraile con magistral aplomo, y trasparendo satisfacción por todos los poros de su transparente humildad.

—Bien juzgaba de vuestro ánimo y buen talante. Ya vereis un día cómo sé agradecer.

—Apartad ofertas, que no se vienen á mi buen deseo y obligada voluntad.

—El proyecto es complicado y más que medianamente peligroso; pero de tan segura eficacia como de inmensos efectos.

—No podía desmentir la bizarría de vuestro ánimo y la gale de tan consumada discreción!

—Vais á dar principio á nuestra obra, persuadiendo á D. Fadrique promeya tratos de vengencias con los rebeldes de la comunidad, por medio de nuestro enemigo Girón.

—¿Me permitiréis una pregunta, para lo que puede importar?

—adelante.

—¿Qué tiene de común la guerra de los comuneros con vuestros arcanos y deseos?...

—¿No lo advivais?...

—El respeto á voces corta las alas al discurso.

—Discarid pues, mientras llega el punto de que hagais en el asunto tanto cual yo mismo pueda saber. Es también preciso que hagais al almirante concederme parte en el manejo de las meditaciones con el de Girón, y aun otorgarme carta para obrar de mi propia cuenta é inspiración... sin que se asombre, ¿comprendeis?... sin que lo sorprenda nada de lo que pueda ver ni entender.

—¿Condesa!...

—So que esto va siendo grave; pero como yo he de pasar acaso por la dama de mi antiguo amante... no hay sino prepararnos en el ánimo de mi esposo contra apariencia tan fuerte.

—Ándea es la misiva, y veremos de salir al cabo... pero mirad, señora, que vais al borde de la perdición.

—Eso precisamente halaga y estimula mi natura. Más no es sola-

mente esa. D. Pedro Girón ha de entrar en mi alcázar, y tener conmigo entrevistas... que presenciareis vos con el recado conveniente, para no olvidarlas nunca.

—Acaso advivio lo demás.

—No, padre, os comprendo. Eso sería una venganza oscura, vulgar, indigna de mí.

En este punto de la importante plática se hallaban aquellos interlocutores, cuando el toque del Ave-Maria, que sonaba en el campanario del convento, atrajo á la iglesia multitud de piadosas romaderas, y al coro la comunidad en masa, para la hora de la última luz. Ilumináronse los altares, llenáronse las capillas, y el órgano dió en difundir por las antes sombrías y mudas bóvedas los inspirados ecos de la poesía sin modelo ni imitación. Algunas palabras se cambiaron aun, confusamente aventuradas en el secreto del confesionario; y la condesa después de la bendición del reverendo salió por entre los fieles con reposado y severo continente, recibiendo al paso sus corteses saluciones, y desapareció por una puericilla que conducía por una escalera espiral á las tribunas, donde desembarcaba el pasadizo que ponía en comunicación el convento con su palacio, y en cuyo punto la esperaban dos dueñas y el condeabido Meadaño, haciéndose lengua de la piedad y cristiano celo de su austera y melancólica señora.

CAPITULO IV.

SOLACES DE LA VIDA CONTEMPLATIVA.

Luego que Doña Ana abandonó la grada de los pecadores, arrellanóse el padre de alma en el espacioso, aunque no mullido taburete, en actitud de esperar alguna nueva hija de confesión, pero en realidad con objeto de entregarse sin temor de importunidades á reflexiones sobre cosas que tenían sus ribetes de profanas y no nada de edificantes ni meritorias. Y en verdad que el bueno de fray Antonio de Guervara no le faltan materia ni espacio para enfrascarse en hondas y fecundas meditaciones. Porque has de saber, oh lector impaciente, que el tal padre era persona de bastante cuenta, y de no escasas pretensiones, como acaso tendréis ocasión de conocer en el curso de esta fatigante y concienzuda crónica. Mozo gentil, de imaginación copiosa y felices recursos, con un corazón frío y desapegado, donde rugía el huracán de la mas liviana ambición; dotado de una gran fuerza de voluntad y de un disimulo fascinador, se había trazado su porvenir, y marchaba hácia él con planta firme, pero con la sonda en la mano y los ojos en el pie. Segundo de una casa de noble solar, aunque escaso haber, sin valor para abrirse el paso á la fortuna con la punta de la lanza, ensayó en el claustro, como mil otros, para hacer de la religión la escala de las gozes, de la riqueza y del poder. Y ¡partidiz! que navegaba viento en popa por el mar de sus apetitos, sin contrarias corrientes ni malos pasajes, que, cual diestro y experimentado piloto, supiera ya regir, ya conllevar. Convencido de que la celda no es el estadio mas propio para adquirir prez y aumentos, habiase introducido el intrépido franciscano en la corte de los flamencos, donde haciéndose conocer por su aparatosa erudición y engañadora apariencias, logró que fijando en él su vista el cardinal tudesco, le lancease en algunas intriguillas de menor cuantía, en las que supo desplegar tan singularés dotes, que le valieron ser comensal y corresponsal privado del tesorado ministro de la cesárea majestad. Una vez en tan fecundo terreno, y ganando mas cada día en el ánimo de su Mecenas, tuvo que representar importantes papeles en el enroscado drama de aquella corte tan hipócrita como turbulenta y envenenada. Ya comprometido seriamente en la situación de su eminencia, cuando estallaron las justas iras de los pueblos contra las iniquidades de la tiranía imperial, el adúltero del detestable Adriano veía peligrar el edificio de sus fortunas, si no se conseguía extinguir el fuego que por todas partes atizaba la pública y nacional indignación. Así pues, de acuerdo con aquel trasladó al teatro de los sucesos, con el esperezo cargo de definidor provincial de Castilla, fijando sus reales en Medina del Campo, de donde le hiciera salir, no de buen grado, la insurrección de aquella importante villa contra los opresores del país. Instábase pues en la corte del almirante, como único punto de apoyo, por los realistas, y porque D. Fadrique Enriquez era uno de los mas fanáticos campeones del emperador, y muy intimo del avanzado cardinal. Preveía además el astuto fraile que Blasco habría de ser necesariamente el cuartel general de los imperiales, y que colocado él en el centro de acción podría dominar mejor las circunstancias y tomar con ellas una importancia que le pusiera á primer término en la gracia del joven y fanatizado monarca. En suma, con las armas que le suministraba Adriano quería trabajar por su cuenta y provecho, aunque conservando siempre la previsora reserva de no dar la cara al enemigo, y continuando como instrumento clandestino de su eminencia desde el fondo de su convento, embaticando al mundo en desquite de no poder engañar á Dios.

Sabia nuestro fray Antonio algo mas de lo que la condesa imagi-

narse pudiera en el cuento de sus mocedades con el comunero Giron, puesto que había tenido decisiva parte en su rompimiento y mala ventura. Y este era precisamente uno de sus mejores servicios á los intereses del cardenal. Pues viendo antaño el flamenco las afortunadas preteniones del D. Pedro para con la bella Doña Ana, cuando los desabrimientos de los procuradores con el emperador, y susurrándose los tratos y mescolanzas del duque en la comunidad, comprendió su eminencia lo mal que pudiera estar á sus negocios la alianza de dos casas tan principales bajo la mano de quien llevaba trazas de hacerse uno de los jefes de la causa popular. Convirtió pues en asunto de estado el impedir tan peligroso enlace, y fué al jóven confidente la realización del pensamiento, sin duda porque este había sabido granjearse confianza y estima en casa del anciano padre de nuestra heroína. No hay para qué detenernos á especificar el acierto y maestría con que desempeñó su árduo negocio. Baste decir, que con diabólicas invenciones presentó al conde y su hija evidente prueba de una inteligencia amorosa, si bien clandestina, entre D. Pedro Giron y la infanta Doña Catalina, que moraba en Tordesillas al lado de su oscurecida madre; y negociando en tan oportuno trance la pretensión del almirante á la mano de la ilustre heredera de Médica, hizo que fuese aceptada en despique de la mudanza y desden del asente y no escuchado D. Pedro. Egeasu hizo subir este golpe de habilidad el crédito y valer del P. Guevara para con el cardenal, y le conquistó noble lugar en la estimación del poderoso almirante. La condesa, por su lado, creyéndole ligado con los intereses de su familia, si no por sentimiento, por el cálculo de conveniencia, seguíale dispensando sus confianzas, y compartía con él sus mas árduos pensamientos, como hemos tenido ocasión de manifestar. De modo, que el afortunado defensor se veía mimado de los primeros poderosos con algunos secretos de cada cual, y con alas para volar por sí mismo á la cumbre de sus dorados ensueños. Y soñaba el humilde siervo de Dios por el pronto con el báculo episcopal, interin algún día le deparaban la suerte y su buena mano la proporción de purificarse por el bien de la Iglesia y de las almas bajo el dulce peso de la púrpura romana, que cuidaría de no aceptar hasta la primera ocasión. Pero todos estos pensamientos y algunos mas se encerraban sin esfuerzo bajo su cándido interior, y no podían ser adivinados al través de una máscara imperturbable de refinado ascetismo y de completo imperio sobre sí propio, que le conquistaba el dominio de los demás. Por estas ligeras pinceladas será fácil colegir que el fraile no daría al trezado las recitantes confianzas de la condesa, y que habría de hacer porque el embosado proyecto viniese á redundar cómodamente al propósito de sus trascendentales miras y egoístas aspiraciones. No era en verdad de otro modo.

—He aquí, decíase discurrendo en el fondo del confesionario, he aquí cómo me engañó mi instinto cuando pedí al almirante un plazo para mi consejo. Los secretos de su esposa han venido á confirmar mis previsiones y darme preciosos y oportunos recursos que mi fecunda mano sabré multiplicar. Y á propósito, la condesa me ha guardado la mitad... casi todo su arcasol... Mejor. Así puedo adivinarle y valerme de él. ¡Y creía la coitada hacerme graves relaciones de sus desazonados amores!... Y el reverendo alógó entre la espaziosa capucha cierta siniestra y entrecortada risa.

(Continuará)

EL CIERVO.

FABULA.

Vivia un jóven ciervo en las laderas
de un valle sito al fin de la montaña
que, en su fragosa entraña
era era la ruta coyte de las fieras,
do entre riscos y espesos matorrales
acatañ á su rey los animales.
De su pale natal en verde prado,
á la mágen de arroyo cristalino,
pastaba sin cuidado;
ya con otra briscaba en la llanura,
ó del bosque vecino
disfrutaba tendido la frescura.
Sj el lobo le acosaba y perseguía,
en voz de mal causábase recreo
verle afanarse en vano,
y burlar su daseo,
mostrando de sus pies la valentía
al correr por el llano
y atravesar por medio la espesura,
teniendo con orgullo y gallardía,
diestro sobre la espalda su armadura.

La plácida carrera
cruzaba así dichoso de la vida,
de su edad en la dulce primavera,
cuando llama el Leon por consejeros
aquellos que en los valles diferentes,
por eleccion legal entre sus gentes,
resultarán en votos los primeros.
La ambicion que presenta con engaño
el mando como rosa sin espinas,
y con falaz amaño
conduce por la senda
del hondo precipicio en que termina,
al ciervo en la contienda
electoral con decision le arroja:
en ella con ardor y confianza
no perdona fatiga ni congoja
para ser elegido;
y la suerte, colmando su esperanza,
le condujo hasta el puesto de valido.
De entonces ni un momento
de placer gozar pudo ni descanso.
Desde los fieros tigres y las hienas
al sencillo jumento,
y hasta el cordero manso
odian al que el monarca preferia,
y todos á porfia,
en medio de caricias y alabanzas
de veneno y sarcasmo á la par llenas,
le ponen asechanzas
de que logró salvarse á duras penas.
Mas del rey el favor, mudable viento,
que al ciervo levantára,
cambióse, y el valido de su asiento
cayó entre los silbidos y algazara.
Huye debajo el cielo
de su patria; en los prados, entre flores,
donde otro tiempo tan feliz vivia,
marcha á buscar consuelo
en la tierna amistad y los amores,
que ciego abandonara en su maná;
y en á aquellos amigos
que á complacer se halló siempre dispuesto,
encuentra rencorosos enemigos
porque darles no pudo un alto puesto.
Busca en el campo alivio á su tristeza,
recordando los días que pasaron
en que alegre trepaba la maleza
y la roca escarpada
yendo en pos del bramido de su amada,
que abandonó y recuerda su vileza.
Se fatiga: sus fuerzas se enervaron,
y hasta el arte perdió con que tendia
sus astas, al cruzar la selva umbría.
Para aumentar su pena,
pensando el rey en nuevas elecciones,
por contarle adversario en opiniones
da el gobierno del valle á feroz tuena,
para que lo vigile y lo persiga.
El mandato ella cumple con tal celo
que á espatriarse le obliga,
y en el extraño suelo,
adonde le llevó su aciaga suerte,
lejos de cuanto amaba, halló la muerte.
¡Ay quién de tí se fia
oh política, y ciego
por la ambicion, tomándote por guia,
del campo deja el plácido sosiego!

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*Petrarca en sus divinos cantos celebró á su bella
y candorosa amante.*

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alambra.